



El venerable P. Fr. Pedro Esteve.

Uno de los hombres de mas prestigio y de mayor popularidad en su tiempo, principalmente en la capital del antiguo reino de Valencia y aun en la corte, lo fué sin disputa el venerable Fr. Pedro Esteve, religioso franciscano, cuyo retrato exacto y parecido va al frente de este artículo.

Nació en la ciudad de Denia á 19 de octubre de 1582 de padres bastante acomodados, quienes le dieron una educacion esmerada, distinguiéndose, desde sus primeros años, el jóven Pedro, por lo que aventajaba á sus condiscípulos y por las repetidas obras de caridad que ejercia.

Perfeccionado en las primeras letras y latinidad, tomó á los diez y ocho años, el habito en el convento de Santa María de Jesus, y habiendo profesado y concluido los estudios de filosofia y teología escolástica, expositiva, moral y mística, que emprendió con una constancia y aprovechamiento notables, mereciendo los mayores elogios del señor arzobispo D. Fr. Isidro Aliaga, recibió las sagradas órdenes, inclusa la del sacerdocio, y en seguida fué nombrado predicador apostólico con destino al convento de Chelva.

Transcurridos varios años y á pesar de su modestia y repugnancia, se le obligó á que aceptase la comisaria de Jerusalem, que desempeñó desde 1614 hasta 1658, en cuyo largo intermedio, no cesó de pedir por sí limosna, recorriendo á pié y descalzo las poblaciones mas distantes.

En Valencia acostumbraba á predicar en la misma plaza del mercado, sobre una piedra cerca de la lonja, y era tal el concurso que se agolpaba á oírle, que no podia darse un paso.

Todos le conocian y respetaban, y la fama de su talento y virtudes cundió tanto que hasta el rey Felipe IV lo hizo pasar á la corte, y la reina y otros personajes le dispensaron muchas atenciones, y habiendo querido honrarle el primero con uno de los obispados de Galicia, le renunció, escusándose con su insuficiencia y achaques.

En 1651 hallándose sitiada Tortosa por los franceses, el arzobispo D. Fr. Pedro de Verbiua juntó un tercio de infanteria valenciana para ir á socorrer la plaza, como se consiguió, formando parte de la expedicion el Padre Esteve, quien animó con su fervor y ejemplo á los soldados, curó á los heridos y confesó y auxilió á los moribundos, sin descansar un momento.

Fundó varias cofradías y establecimientos piadosos y

un hospicio, y compuso diferentes obras, entre ellas, la Historia del Santo Sepulcro en idioma valenciano, y diversas poesías en el mismo idioma, en cuyas obras se descubren una piedad y gracejo estremados y una lealtad acendrada á su patria y á sus reyes.

Murió en tres de noviembre de 1658 con gran fama de santidad, en el convento de San Francisco de Valencia, y aunque se tomó la precaucion de no doblar las campanas ni publicar su fallecimiento, fué en valde, porque se divulgó al instante este por la ciudad y sus contornos, y sin embargo del tiempo lluvioso y malo que hacia, se asegura, que fué un dia de consternacion general, que no vieron los nacidos mayor concurrencia á las puertas de dicho convento, y que se apresuraron y disputaron unos y otros la posesion de los efectos que usaba el P. Esteve, cuyo cadáver se colocó en un nicho de la capilla de San Luis. Al renovar y componer esta en 1674, un albañil descubrió el recordado cadáver y se halló integro y sin ninguna lesion ó descomposicion, cuya novedad se hizo notoria, y fué tal el gentío que acudió, que rompió las puertas de la iglesia y fué preciso, para satisfacer la ansiedad que reinaba en los ánimos, esponerle al público por dos dias, pero con tropa que facilitó el virey, volviéndole á colocar en el mismo nicho, despues de unas suntuosas exequias que se celebraron con asistencia del Ilmo. Cabildo y del ayuntamiento, y de ponerle un hábito de raso á flores y dentro de dos cajas, una forrada de terciopelo carmesí con franjas de plata y ótra de pino.

Decretada en 1833 la esclaustracion de los Regulares, vino á parar en cuartel el convento de San Francisco, y los soldados que le ocupaban, notando que sonaba en hueco una de las paredes de la capilla de San Luis, quitaron, la tarde del 20 de febrero de 1839 varios ladrillos y se encontraron las cajas de que hemos hablado antes y dentro un cadáver entero é incorrupto, sobre cuyo hallazgo y sobre el de unos papeles metidos en un cañon de hojadelata que mencionaban la muerte del venerable P. Esteve y lo ocurrido en 1674, se formó expediente, se examinaron testigos, intervino el teniente rey de la plaza y hasta los Sres. D. Pedro Chacon que desempeñaba la capitania general y D. Joaquín Ferráz, gobernador eclesiástico del arzobispado, y por el segundo se hizo entrega de todo al tercero,

quien, previa reclamación del ayuntamiento y vecinos de Denia, se lo cedió, viniendo á parar los restos de aquel á un concavo de la pared frente á la entrada del archivo de la iglesia de dicha ciudad de Denia, donde subsisten dentro de una arca de nogal cerrada con dos llaves.

REMIGIO SALOMON.

Origen, progresos y estinción de la Orden de Malta.

(Conclusion.)

Verificadas las pruebas *testimoniales, literales, locales y secretas* que mandaban los estatutos, é identificada por ellas la aptitud del caballero, podía ser recibido en la Orden en tres épocas diferentes: en la de *mayoría* á los diez y seis años, aun cuando hasta los veinte no tiene obligación de trasladarse á Malta pagando por *derecho de pasaje ó recepción* doscientos sesenta escudos de oro; en la de *menoría*, abuso introducido en los tiempos modernos, en virtud del cual podía darse el título de caballero á un recién nacido, mediante breve de S. S., y satisfaciendo el derecho de unos 333 duros españoles; y finalmente se admitían también caballeros en el concepto de *pajes* del gran maestro, desde los 12 hasta los 15 años, en que perdían este carácter, abonando por su recepción una cantidad casi igual á la que se pagaba por la mayoría. Otra formalidad indispensable antes de obtener el título de caballero de justicia eran las *caravanas* ó expediciones que hacían los aspirantes al mismo título en las galeras de la Religión, ya para combatir contra sus enemigos, ya para prestar cualquiera otra clase de servicio. Podían, pues, considerarse como una prueba de idoneidad; duraba cada una por espacio de seis meses, y se requerían cuatro completas, aunque á veces se rebajaba este número y aun el tiempo de duración, por gracia particular y en atención al mérito de algún hecho distinguido, ó á la calidad de los insinuados servicios.

La Orden de Malta estaba dividida en ocho lenguas, correspondientes á las distintas naciones que en otro tiempo la componían: Provenza, Auvernia, Francia, Italia, Aragon, Inglaterra, Alemania y Castilla, enumeradas siempre por este orden. Cada lengua tenía una dignidad particular que era su cabeza ó representante; Provenza la de *Gran Comendador*; Auvernia la de *Gran mariscal*; Francia la de *Grande hospitalario*; la de *Grande almirante* Italia; la de *Abanderado* (Drappier), despues *Gran conservador*; Aragon, la de *Turcopolier ó general de la caballería*, Inglaterra, título que tomó más adelante de resultas del protestantismo el Senescal del gran maestro; finalmente, á la lengua de Alemania correspondía el *Gran Baillo* de la Orden y el *Gran Canciller* á la de Castilla. El obispo de Malta y el prior de la iglesia de San Juan estaban incluidos también en la categoría de jefes ó *pilares* de la Religión, que así se denominaban los susodichos.

Estos eran los *Baillos conventuales*, llamados de esta suerte porque debían residir ordinariamente en los conventos ó domicilios destinados á cada una de las lenguas; y esta calificación los distinguía de los *Baillos capitulares*, nombre que indica su concurrencia á los capítulos generales ó provinciales de la Orden, lo cual no se oponía á que residiesen en los prioratos donde radicaban sus *baillajes* ó encomiendas. A esta clase correspondían también los *Baillos de gracia ó honorarios*, título vano, aunque perjudicial al buen régimen é intereses de la Orden, que como casi todos los abusos introducidos, emanaba de la suprema autoridad de los pontifices.

Los *Grandes priores* eran los superiores de cuantos religiosos moraban en su priorato, distinguiéndose algunos con nombres particulares, como el de Portugal, comprendido en la lengua de Castilla, á quien se llamaba *Prior de O rato*, y el de Aragon, conocido en la historia por el *Castellano de Amposta*. Los *Comendadores* ejercían una especie de administración sobre los bienes de la Orden situados en sus territorios ó *encomiendas*, y sus cargos eran amovibles, porque siendo unas *encomiendas* mas ricas y productivas que otras, con la esperanza de mejorar de suerte, necesariamente habian de conducirse con integridad, como la me-

yor recomendación que podian alegar en sus muchas pretensiones.

Otros muchos destinos menos importantes y honoríficos completaban bajo el aspecto personal la organización de aquella república tan singular como la de Venecia; secretarios, escuderos, caballeros, procuradores, camareros, auditores, protectores, comisarios, gobernadores, comandantes, capitanes y otros cuya clasificación sería tan prolija, que faltaríamos á la brevedad que nos hemos propuesto, y abusaríamos de la indulgencia de nuestros lectores. Por la misma razon juzgamos conveniente no decir nada de la elección del Gran maestro, en que á pesar de las complicadas combinaciones que estaban prescritas; no dejaban de introducirse la intriga y el soborno; y por igual motivo prescindimos de otros puntos que como mas directamente enlazados con el sistema de gobierno de la Orden, parecerán á muchos preferibles á los que tan ligeramente hemos tocado. La dignidad de Gran maestro, superior á todas las demas en poder y categoría, llegó á tener, sobre todo en los postreros tiempos, menos autoridad de la que convenia; sujeta por una parte á los votos y decisiones del Gran Consejo, que no siempre estaba dispuesto á complacerle, y sometida por otra á las ambiciosas exigencias de los papas, como hemos visto, no merecia los afanes y sacrificios que empleaban algunos para alcanzarla. Tenia á su alrededor todas las apariencias de la soberanía, y esto bastaba para que la contemplasen con ilusión los que no se contentaban con los recuerdos de su ilustra cuna.

Hechas las informaciones de costumbre, se procedía á la admisión de los nuevos caballeros en la Orden de la siguiente forma. Presentándose el candidato con vestidura larga seglar, desatada, se arrodillaba ante el altar, teniendo una vela encendida en la mano, que significaba la caridad, y poniéndose delante del caballero que le recibía, le manifestaba sus deseos de pertenecer á la sagrada religión del hospital de San Juan de Jerusalem. El caballero le preguntaba si pertenecía á otra Orden, y en virtud de su respuesta negativa, le recomendaba las obras de misericordia, exhortándole al servicio de Dios y á la defensa de la fé católica, como asimismo á ser el protector de las viudas y los huérfanos. El candidato prometia no olvidar aquellas advertencias; y mandándole levantar el caballero, le ponía en la mano una espada desnuda que estaba colocada en el altar y tenía por leyenda estas palabras: *Por La Fé*. Le encargaba que se sirviese de ella para su defensa y la de la religion católica, y despues que la pasase por el brazo en ademan de limpiarla y la ensayase, hecho lo cual, y prescribiéndole que la conservase siempre limpia, se arrodillaba el candidato, el caballero le oñía dicha espada en el nombre de Dios, de la Virgen Maria, y del glorioso San Jorge ó San Juan Bautista; le mandaba despues que la desenainase y diese tres golpes al aire, como amenazando á los enemigos de la fé y en memoria de la Santa Trinidad, y vuelta á limpiar sobre el brazo, la colocaba otra vez en la vaina.

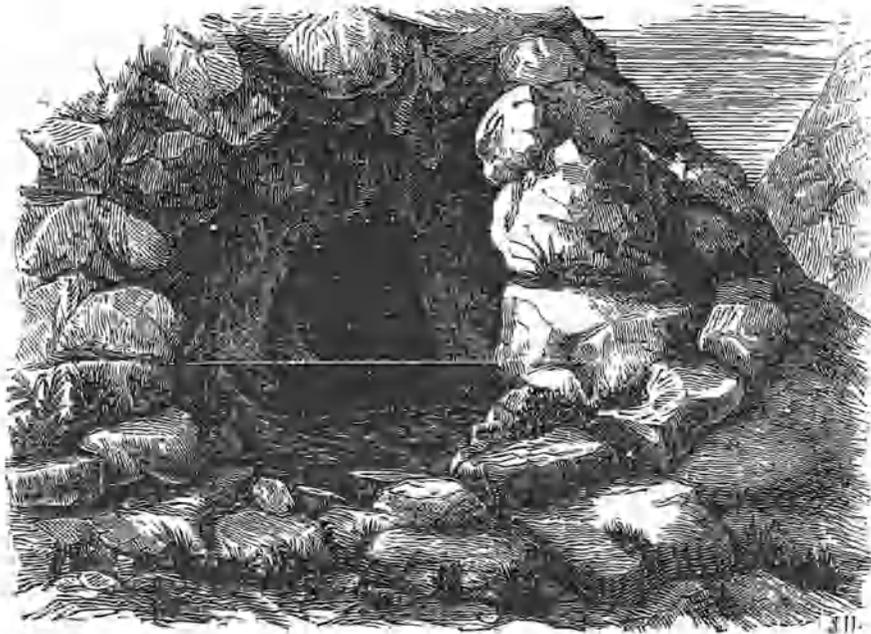
Exhortado de nuevo por el caballero á la práctica de las cuatro virtudes cardinales, tomaba este la espada del candidato, le daba tres golpes en el hombro y una pescozada, y le advertía que quedaba armado caballero. Calzábale despues unas espuelas de oro, y vída misa sin otra interrupcion, y recibida la comunión, volvía á acercarse el candidato al caballero, quien preguntándole lo que solicitaba, y respondiendo aquel que podía entrar en la compañía de los hermanos de la sagrada religion del Orden de San Juan de Jerusalem, le manifestaba que semejante honor no podía concederse sino á personas de muchos merecimientos, pero que en la confianza de que él se mostraria digno de aquella distinción, se le concedía. Declarábale en seguida todas las penalidades y contradicciones que tenía que experimentar, y vista su conformidad, se le dirigía las siguientes preguntas: si habia hecho profesion en otra religion; si habia contraido matrimonio con alguna señora; si estaba obligado á otros por fianza ó deuda notable; si era esclavo ó plebeyo de condicion, y si padecía persecucion por la justicia. Desvanecidos estos reparos por el candidato, le amenazaba el caballero que si algó hubiese mentado, sería expulsado de la Orden con grande afrenta, pero que no siendo esto creible, quedaba admitido, ofreciéndole desde luego únicamente pan, agua, sal y un vestido humilde.

A continuacion y para prueba de obediencia le mandaba traer el misal, y abriéndole, poniendo el candidato la

mano extendida sobre el Cánon, juraba observar los votos de obediencia, pobreza y castidad. Le ponía el manto, la cruz de ocho puntas, por alusión á las ocho bienaventuranzas, al lado del corazón, y le mostraba el cordón en que estaban representados la soga, los azotes, los dados, la esponja, la columna y la cruz de la pasión del Redentor, rodeándole al cuello. Finalmente, le imponía la obligación de rezar cada día 150 padres nuestros ó el oficio de la Vir-

gen ó el de difuntos, y añadiendo algunas otras prescripciones, le enseñaba la cota de armas ó sobrevesta que debía usar en la guerra, y terminaba la ceremonia con las oraciones designadas en los estatutos para tales casos, y con los acostumbrados abrazos que daba el candidato á todos los demás caballeros y amigos suyos.

CAYETANO ROSALI.



LA CUEVA DE BENIDOLEIG.

En la grande estension que ocupa el monte Mongó y las cordilleras próximas que dan vista al Mediterráneo, existen multitud de cuevas de preciosas estalactitas, en las cuales se admiran los prodigiosos caprichos de la naturaleza, haciendo que el viajero que penetra en aquellas, reconcentre al instante su espíritu y que se agolpen á su imaginación mil y mil ideas y consideraciones inesplicables.

Varias de dichas cuevas son azotadas constantemente por las aguas del mar, sus paredes están cubiertas de mariscos y de yervicillas de distintos colores, y en algunas, solo con botes bien remados y dirigidos y con achones, pueden examinarse y recorrerse sus oscuros recintos.

Una de las principales, que ha servido de asunto para componer mas de una novela, y de la cual se ocupan las viejas del país con harta frecuencia, inventando las consejas mas absurdas, se halla á un cuarto de legua al E. del pueblo de Benidoleig, á la falda de una montaña caliza compuesta de bancos horizontales; su boca ó entrada mira al N., tiene sesenta pies de altura y cuarenta y dos de ancho, cuyas dimensiones conserva por espacio de cuarenta pasos; luego tuerca hácia poniente, se estrecha en partes y disminuye, obstruyéndose el paso, cuanto mas se avanza, por las piedras que se desprenden del techo ó bóveda y por las escavaciones emprendidas en diversas épocas para aprovechar el agua que filtra y destila gota á gota y cuyo caudal se aumenta en tiempos de lluvias de un modo tan extraordinario y repentino, que entonces corre un río que arrastra en pos de sí todo lo que halla por el suelo, y cuyo río se cree proviene de los montes de Lahuar y Ebo y aun de otros mas distantes.

Al final de dicha cueva, cuya estension será de cerca de un cuarto de legua, y despues de atravesar por precipicios y derrumbaderos, por afeligranados arcos de transparentes estalactitas y por otros caprichos que imitan el estilo ogival en toda su perfeccion y gusto, y no sin que moleste ó imponga el monotonó ruido del agua y el desagradable de los murciélagos que se alliegan en los huecos y cascadas y que revolotean sin direccion fija y como espantados por el reflejo de las luces artificiales, se encuentra un estanque de 12 ó 14 pies de ancho, de otros tantos de profundidad

y de 40 de circunferencia terminado por una pared de piedra viva llena de letreros ó inscripciones, algunas de estas Romanas, cuyas letras apenas se distinguen ya.

El esmero y progresivo aumento de la agricultura hizo que en el año 1768, segun un manuscrito que hemos leído, animáse á los vecinos de Benidoleig á desaguar dicho estanque á fin de saber si tenia ó no la cantidad suficiente para el riego de sus tierras, y conseguido el objeto que se proponían y habiendo ensanchado con barrenos, un pequeño agujero sin fondo que existia á uno de los lados, se vieron sorprendidos con los inesperados hallazgos de otro estanque mucho mayor que aquel cercado de un pretel natural; de doce caláveres y huesos de diferentes tamaños esparcidos por el andador y de un pico de hierro; pruebas positivas, aunque tristes, de su engaño, al figurarse que ellos habian penetrado, los primeros, en aquel recóndito lugar, cuando otros sin tanta fortuna les habian precedido en una expedicion malograda, con el intento, acaso y sin acaso, de buscar, igualmente, el origen de las aguas del primero de los dos estanques que quedan mencionados: siendo probable que, mientras estaban en tal operacion, sobreviniesen las lluvias, que se obstruyese la salida y que quedasen sepultados y sin poder socorrérseles por los de fuera, cuya desgracia lamentable debió ocurrir cuando dominaban el país los árabes, grandes agricultores, puesto que los mas ancianos de 1768, ningun antecedente, ni noticia tenian de aquella, ni de la comunicacion de ambos estanques.

A la salida de la cueva que describimos, en la cual y en los sitios inmediatos, crecen el romero, la adelfa, el ramno parecido á la cambronera, el marrubio de España, el cohombrito amargo, el cuajaleche capilar, el andropogo de dos espigas, la clipeola marítima, el cinosuro dorado, la grama, el bromo blando, el culantrillo, el polipodio y otras plantas y arbustos, se dilata y estática el alma contemplando un cielo azul y purísimo y la encantadora vista de casi todo el antiguo marquesado de Denia con los aseados pueblecillos que llaman de la Rectoria y con el mar en lontananza, cubierta de ligeros esquifes que le surcan en distintas direcciones.

REMIGIO SALOMON.

LITERATURA ESPAÑOLA EN CUBA.

PLACIDO.

ART. I.

Al pisar por la vez primera, hace algunos meses, el suelo de Matanzas, de esta preciosa población que riegan dos poéticos ríos, y que tienen aprisionadas las altas cordilleras del Pan, el nombre del infortunado Plácido se presentó en seguida á nuestra imaginación como un recuerdo, á la vez triste y agradable. Su genio, su condición, su trágica muerte, todo nos había seducido de tal manera, que al arribar á su país natal, ninguna otra cosa debía influir mas poderosamente en nuestra alma que el pensamiento de averiguar aquellos hechos mas notables de su vida, y leer las composiciones que no hubiesen llegado á la Península.

La desgracia de suyo es ya interesante: acompáñese la del talento, y un vivo entusiasmo nos arrebatará por ella. Impresionados fuertemente de este recuerdo, nos hacíamos mil vagas y fantásticas ilusiones. Creíamos que nuestro deber era preguntar por Plácido á cuantos veíamos; que las calles de Matanzas estaban aun señaladas de sus huellas, que las sonoras aguas del Yumuri y San Juan repetían aun los versos de su inspirado cantor, y que la figura de Plácido, mutilada y enrojecida, pero bella siempre, se elevaba desde la cumbre de *Camarionoa* al cielo brillante á que mas de una vez osaba remontarse en un vuelo atrevido de su fantasía. Deseamos visitar los lugares cantados por él, y conocer á las bellas cuyos nombres hizo eternos con sus poesías, para adivinar de este modo los misterios de su alma... ¿Acaso el alma de un poeta no se vá destruyendo lentamente, y cada una de sus composiciones no encierra una parte de ella?

No es oportuno, ni lo intentamos un solo instante, ventilar en estos artículos las causas que motivaron la muerte de Plácido, fusilado segun recordarán nuestros lectores, como cómplice en una conspiración de negros. Hay sucesos que deben respetarse, ó que de ser debatidos, requieren tiempo, oportunidad y datos, de que sinceramente afirmamos carecer ahora. Es nuestro objeto esclusivo hablar de Plácido como poeta, y nos limitaremos á esto solo.

Forzoso nos será decir que la Península no tiene con sus hermanos de allende los mares todas las relaciones literarias que fueran de desear; cuenta nombres muy respetables la isla de Cuba que son casi desconocidos para nosotros. Hay ocasiones en que las prensas de la Habana imprimen tanto como las de Madrid, y que entran las obras que ven la luz pública aparecen algunas muy dignas del concienzudo y detenido análisis de la crítica. Testigos de nuestras palabras serán los *Artículos satíricos y de costumbres* de D. José María de Cárdenas y Rodríguez, de que no existen mas ejemplares en esta que los pocos que hemos traído en nuestro reciente regreso al suelo patrio. Tiénese en general, respecto de los poetas cubanos, una errada creencia que nace del modo peculiar de ver las cosas. Los periódicos de la Habana vienen constantemente llenos de malísimos versos, es verdad; ¿pero sus autores son los que todo el mundo conoce allí por escritores de profesion? En esto estriba el error. Hay en la Habana una centena de borrachos y guápotos vecinos, que sin haber saludado las letras, y sin pretensiones de ninguna especie por parte suya, se creen obligados á *versar* (voz del país) á todo el que tiene la desgracia de morirse ó la fortuna de que le compleen. Pero ellos no son los poetas, si no los aficionados del país, y nosotros, por mas de una razon de gratitud y de conciencia, debemos esclarecer este hecho.

Lo espuesto anteriormente explica hasta cierto punto el por qué son tan escasas las producciones de Gabriel de la Concepcion Valdés (Plácido) que han atravesado el Atlántico. Con efecto, en España no es conocido sino un tomo de sus poesías, que se imprimió en Matanzas el año 1838, y que está plagado de erratas. Por él nada mas se le ha juzgado, y él por sí solo le ha valido el indisputable título de poeta. ¿Y cómo nó, si contiene composiciones tan be-

llas, tan bien escritas como *El Angel de la Gloria*, *Gicon-tecal* y *Las flores del sepulcro*?

En vano pretenderíamos designar á qué escuela ó estilo pertenecen las obras de Plácido, que, como todos los poetas líricos de verdadera inspiración, forma una individualidad aparte, sin otros puntos generales de contacto que las eternas reglas del arte y del buen gusto. No de otro modo se comprende cómo un escritor puede añadir *algo mas* con sus pensamientos y observaciones al gran caudal de la literatura que ha de sobrevivir á los hombres y los tiempos. Pero si podremos indicar, segun de ello se nos alcanza, los principales caracteres y condiciones que descubrimos en las poesías del famoso mulato. Nacido Plácido en la dura esclavitud, y encadenado desde sus mas tiernos años á trabajos mecánicos, no pudo adquirir la educación esmerada á que era acreedor su talento, ni fortificar éste con la lectura de autores clásicos, ni de sábios maestros. Dotado de una brillante é impetuosa imaginación, escogió la poesía como término medio entre su insuficiencia y su deseo ardiente é inextinguible de dar expansión á su alma.... Nada hay seguramente que se oponga al desarrollo de un germen poético; es la espresion mas libre y espontánea de las sensaciones del corazón. Poeta, pues, y favorecido del estro sacro, su misma falta de instrucción, y sobre todo las tristes circunstancias de su vida, debían hacer de él un gran poeta de sentimiento; y detenido muchas veces en su camino por los inconvenientes de la educación, debía ser desigual é incorrecto en los partos de su ingenio. Estas son, á nuestro juicio, las dos cosas esenciales que constituyen á Plácido. El tomo á que nos hemos referido y otras publicaciones de que hablaremos en el artículo siguiente, nos prueban la verdad del anterior aserto.

La patria, el trono, el amor, la amistad, todos los objetos mas dulces y encantadores fueron cantados por él con una ternura arrebatadora, con una delicadeza bellísima. Refléjase en sus versos un tinte suave de amargura, aun cuando los dedique á algun feliz acontecimiento; testimonio de la implacable suerte que le obligaba á ser extraño á toda alegría, y á mirar con indiferencia cuanto le rodeaba. Sus primeras inspiraciones fueron dedicadas á nuestra augusta soberana: *del Angel de la Gloria* es una de las mas ingeniosas, y en ella se encuentran octavas de este calibre:

Destello santo de la luz divina
que el órbe pueblas de perennes galas,
benamé el corazón, mi alma ilumina
con las chispas eléctricas que exhalas:
que yo por el Oriente de Cristina,
júrote ser, si en tus doradas alas
al trono de Jehová mi acento elevas,
Homero en Ilión, Pindaro en Tebas.

El amor á la libertad arrancó de sus labios esta otra inmejorable octava:

Sábía y escelsa reina á quien admira
estasiado de gozo el pueblo hispano,
oye la voz de un varón que respira
aura de libertad, oye un cubano.
Alguno habrá que con dorada lira,
mas digna de tu oído soberano,
cuando sus cuerdas diamantinas vibre,
cante mas grato, pero no mas libre.

En su bellissima elegía titulada *Las flores del sepulcro*, no puede espresarse de un modo mas tierno y desgarrador el sentimiento por la muerte de un objeto idolatrado:

No ya mis ecos plácidos ¡oh brisa!
del San Juan por las ondas rogarás,
puede tal vez bañar fugáz sonrisa,
mi rostro, sí, mi corazón jamás.

De dos amantes que el eterno inspira
á volar juntos de la dicha en pos,
el que primero por su bien espira
es el mas venturoso de los dos.
Aquel en cambio de su estrella dura
mirando muere lo que siempre amó,
aquel tendrá quien en la noche oscura
lllore en su losa, pero el otro nó.

En el artículo siguiente daremos á conocer lo que has-

ta ahora se ha publicado de Plácido, y referiremos algunas anécdotas personales: el presente lo concluiremos con la siguiente oda suya á la *condesa de Merlin* (1) que es completamente desconocida, proporcionando de este modo á nuestros lectores una buena adquisición:

Salve, deidad del nuevo mundo, salve
á tu preclara cuna,
á tu nombre, á tu majía irresistible,
á tu voz dulce, armónica y sensible
cuyo menor cautivo es la fortuna.
Salve á mi patria, que nacer te viera
á quien tan puros plácemes arrancas,
como el disco genial de rosas blancas
que circunda tu hermosa cabellera.

De mis lares honor, yo te bendigo;
bendigo el ástro pío que alumbraba
tu feliz nacimiento;
bendigo de tornar el pensamiento
á tu país natal, que verte ansiaba,
y aun á las verdes olas que rompía
aligero el bajel, cuando impetuoso
tesoro tanto á Cuba conducía
de los mares hendiendo el cauce undoso,
las bendice también el alma mía.

Tu rostro misto de azucena y grana
velado en magestad y esplendor, brilla
cual de Venus el ástro en la mañana,
cuando el alba con perlas engalana
el vasto Eden de la sin par Antilla.
De la Antilla fecunda que te adora
y no bien galas por tu vuelta viste,
cuando presagia querelosa y triste,
que á partir vas, y anticipada llora.

¡Vas á partir!... ¿Por qué tan presto, bella,
del américo mar á la señora
desampara tu huella?

¿No te aclamó sú mas brillante estrella?
¿Te dió sus dones al nacer, y ahora
no halla placer tu corazón en ella?
En ella que delirios y azahares
formó el aura balsámica que aspiras;
el fuego y brillantez está en tus ojos
de su luciente sol, son sus claveles
breves trasuntos de tus lábios rojos;
de su cielo es tu risa; y el acento
con que leda estasiar sabes las almas,
es abreviado en tu meloso aliento,
la voz de sus arroyos y sus palmas (1).

De sus palmas, que al verte en la ribera
del Almendar fecundo,

clamaron impelidas
del céfiro sutil que las meciera:
¡Salve, Corina del moderno mundo,
á quien hoy electrizas hechicera:
todo es cubano en tí; salve habanera!

Ángel de Santa Cruz, ¿y las olvidas?
¿Sorda serás á sus dolientes quejas?
¿Quien ornato en las fiestas mas lucidas
de la Habana será si tú te alejas?
¿Pues qué, Camajuani, cuya vertiente
en nada cede á la hipocrénea fuente;
el Sagua ondisonoro
que del alto Escambray nace á las plantas,
mostrando en sus riberas flores tantas
como arrastra en su fondo arenas de oro;
el Agabama undoso,
y el Cauto dilatado y caudaloso
que de gigantes pinos se corona,
menos tu pecho generosa estima
que el nebuloso clima
donde corren el Sena y el Garona?

¿Por qué temer el tropical estío?
Gózate en este sol resplandeciente
que así es tu corazón, sublime, ardiente,
y así es también el entusiasmo mío.

Siempre apacible y trasparente el cielo,

bañado el aire por la brisa pura,
siempre del mar serena la llanura,
siempre de flores alfombrado el suelo.
¿No te deciden á fijar tu estancia
en la ígnea zona que tu estirpe aprecia?
¿Es mas diáfano el cielo de la Francia?
¿Son mas bellos los campos de Lutecia?
¡Lauros vas á buscar! tiende la mano,
señálame á la bóveda azulada:
á una sola voz tuya, á una mirada,
harás que el sacro templo de memoria
las alas de oro rebatiendo suba,
trayéndote al volver uno de gloria,
aunque hay sabanas de laurel en Cuba.

—«Tente, iluso cantor, no es el deseo
de lucir en brillantes reuniones
el que me impele á reparar los mares,
ni yo desdeño los paternos lares
por lucir de París en los salones.
La mas noble de todas las pasiones,
el amor maternal, el que me hiciera
volar también á la Siberia fría,
es quien mi ausencia próxima reclama:
pasion eterna y de tan gran valía
por el fulgor de su divina llama,
que ni la puede minorar la fama,
ni la alcanza á pintar la poesía.»
—Por tus hijos...! Adios, parte y perdona,
busca en el cielo un lauro inmarcesible,
porque hallar en la tierra es imposible
á tan alta virtud digna corona.

Parte, no temas, y aunque el Ponto fiero
venga la nave á combatir, levanta
tu voz divina en tono lastimero,
que la furia del líquido elemento
tornarás en letárgico desmayo.
Y verás á tu cántico doliente
soltar Neptuno el heridor tridente
apagar Jove el iracundo rayo.

Llega felice, y al pisar la playa
que te espera de Europa al mediodía,
cíñe á tus hijos en fraterno lazo,
después del santo maternal abrazo,
otros les dá que Cuba les envía;
y no olvides jamás tu patria amada,
esta tierra de paz y de ventura,
ante cuya lealtad immaculada,
su antorcha apaga la discordia impura,
Depone Marte su sangrienta espada.

¡Vas á partir y para siempre acaso...!
vas á lucir del mar á la otra parte,
pero tu nombre en la cubana historia
se esculpirá con letras diamantinas.
Ya que el hado nos veda contemplarte,
gozaremos al menos la memoria
de tus mágicas gracias peregrinas.
Y saboreando del placer la copa
con noble orgullo contestar podremos
á los artistas de la culta Europa:
«Si al Ser Supremo conceder no plugo
á la patria dichosa de Varela
un Virgilio, un Biron, ni un Victor Hugo,
cuando el acento mágico resuena
de la noble Marna, y su laureada
frente se ostenta de atractivos llena,
ni al Tamesis ni al Pó debemos nada,
nada tenemos que envidiar al Sena.»

Hemos dicho que Plácido era incorrecto y desigual, y esta composición es una prueba de ello: pero examínese la bien, y se verán en ella rasgos elevados, pensamientos atrevidos que revelan al poeta de inspiración. Mucho nos hemos extendido y es hora de terminar este artículo.

EMILIO BRAVO.

(1) Insigne habanera, autora de una excelente obra de costumbres sobre la Habana, escrita en francés.

(2) De Heredia.

SOLA.

(Conclusion.)

IV.

Diez años han pasado, pues el tiempo pasa aprisa en las novelas, en los cuentos, y aun en las tragedias románticas. En un barrio estraviado de Sevilla junto á la puerta del Osario vivía la buena vieja María que había servido largos años á un canónigo, quien á su muerte, pagó sus buenos servicios con una renta vitalicia de peseta diaria, la que la aseguraba una vejez tranquila. Vivía en una de esas grandes casas de vecindad que llaman corrales. Una agradable confusión reinaba en el patio de aquel gran edificio. Aquí un viejo enfermo estaba asentado al sol, aturdiendo aunque sordo, del ruido que le rodeaba. Allí una mujer planchaba, cantando á grito. Aquí los chiquillos jugaban al toro, habiendo atado á la frente del más dócil dos cuernos cuernos de baca, y desgarraban su vestido con banderillas que le ponían con alfileres hechos garfios. Una joven hacía señas á un quinto que entraba con el pretexto de preguntar por una persona que no vivía allí. Un marido celoso con mirada torva y tez cadavérica, azilaba un cuchillo en un rincón. Una madre joven paseaba su recién nacido al sol cantándole la nana, mientras la cumplimentaban las vecinas, diciéndole que su niño era hermoso como un sol, que se parecía á su padre, aunque la semejanza era mas perfecta con un gato desollado. Mas allá una mujer llorando traía un religioso á su marido que se estaba muriendo de tabardillo y de miseria; su hijo la seguía gritando. — ¡Pan, madre, pan! — Mas allá se veía una lavandera muy apurada confesando á un estudiante que venía á reclamar su camisa, que la había perdido.

— ¡Peor para Vd., decía el estudiante, porque ha perdido Vd. el parroquiano, pues no tenía mas que esa.

Y salió cantando en latín:

Pulcherrima puella, si vis amare, ego prometo tibi pecuniam dare.

En medio del patio dos mujeres encendidas de cólera, las manos en la cintura, se decían sendas desvergüenzas, y parecían querer venir á las manos. Un gitano de tez verdosa, cabellos largos, y grandes ojos negros, traía bajo su capa tabaco de contrabando que ofrecía á mitad del precio de la terrena. Mas allá un grupo de muchachas sucias y desgredadas se reían á carcajadas. Aquí un joven sochantre ejercitaba su gruesa voz en un *De profundis* mientras que pintaba sobre una pandorga una cara redonda de luna, coronada de estrellas semejante á la suya. Un zapatero que hacía de zapatos viejos, zapatos nuevos, trabajaba en una mesita junto la puerta; era la pieza de esta pajarera. Sus malicias sazonadas con guindilla, le atraían un auditorio de los ociosos del lugar que muchas veces dispersaban sus martillazas.

— Maestro Sancho, decía uno de los concurrentes á su tertulia, dígame Vd. ¿quién le sugirió la idea de enviar á sus hijos á recoger en todas partes zapatos viejos para hacer zapatos nuevos?

— Compadre, replicó el maestro Sancho, responderé á Vd. como cierto alcalde de una aldea á un infante de España que pasaba por allí. El dicho alcalde se hallaba muy apurado pensando cómo hacer un digno recibimiento á S. A. Imaginó elevarle un arca de triunfo, aunque el infante era tan pacífico como una res de apado. Pero no se encontraba con qué hacerlo, no se veían árboles para hacerlo de ogaresca, no había lienzo, ni tablas, ni pintar para pintarlo. En esta perplejidad, de repente se le ocurrió un pensamiento luminoso.

— Atónitos dijo á los diputados de fiesta, que eran el carnicero y un arriero, la carnicería está llena de una multitud de cuernos, hagamos con ellos el arco.

— Los diputados se encantaron con este pensamiento pues les tenía cuenta. Dicho y hecho. Era de ver el fino mosaico de cuernos, hábilmente compuesto que hacía el arco. Los había por arriba, los había por abajo, los había por todos lados; insultaban, amenazaban, usustaban y las gentes de la aldea los miraban con la boca abierta. Cuando el infante llegó se echó á reír, alabó la originalidad del pensamiento y preguntó al alcalde quién le había tenido. El al-

calde no cabía en el pellejo de ancho, respondió señalando con el dedo al arco, y después á su cabeza.

— Sepa su alteza real que todo eso ha salido de aquí.

— ¡Qué cuento tan chavacano! dijo una recién casada que había servido en casa principal. Hija mía, dijo el zapatero, donde estuvieres haz lo que vieres! Tú hacías muy bien en casa de tu marquesa de hacerte la fina, pero ya que has venido á vivir á un corral, forrate las orejas en colbre.

— Por encima de todo este tumulto penetraba la voz agria de un pordiosero que gritaba á la pueria; ¡Ave María Purísima! ¡La santa paz de Dios sea en esta casa! Hermanos, por amor de las cinco llagas del señor, dadme una limosna, le rogaré que os libre de una muerte repentina, de pecado mortal, y de un falso testigo.

— Hermano, dijo con su aire socarrón el zapatero, la caridad bien entendida empieza por sí mismo. Yo gano el pan de mis hijos. Dios ampare á V.

— Una pobre vieja sacaba de su faltriquera un ochavo que metía en la mano del pordiosero. Una chiquilla le daba un pedazo de pan que estaba comiendo después de haberlo besado. Todo esto formaba una confusión de sonidos que se cruzaban, se mezclaban, se confundían como una multitud de arroyos para formar un río. Era un caleidoscopio vivo de grupos variados y fantásticos.

En un cuarto bajo delante de una ventana cubierta de macetas de flores, estaba sentada la buena María con su vieja comadre disfrutando del sol como dos Diógenes y charlando como dos coturras. Llamó la atención de la comadre una muger que salía de la casa y pasó delante de la ventana gritando: ¡Sola! ¡Sola! pero no habiendo tenido respuesta, corrió hacia un grupo de muchachos con los cuales jugaba una muchacha de diez á doce años, sin medias ni zapatos, cubierta de unas enaguas de bayeta cortas y desgarradas; sus cabellos sucios y erizados caían sobre sus hombros descubiertos y tostados por el sol. ¿No me oyes, hija de Lucifer? le dijo aplicándole una bofetada. ¿Así vas á la fuente á llenar el cántaro que te di?

— La niña no se movió.

— ¿Cómo no me oyes? ¿no vas? exclamó la muger furiosa echándose sobre ella, atrumándola á golpes. Todo fué inútil. La niña no se movió. Las buenas viejas volvieron á otro lado la cara con lastima. Poco después vieron entrar á la muger echando espumarajos de rabia. La muchacha quedaba tendida en las piedras.

— ¡Ah! ¡Dios mío! dijo la comadre de María! ¡qué crueldad! ¡qué herejía! tratar así á su hija!

— No es su hija, replicó María suspirando, es una infeliz huérfana. A esa inicua muger se le murió su niño, y sacó esa criatura de la cuna para criarla, y la ha conservado por ganar los cuatro duros mensuales que paga el establecimiento. Pero es una compasión el ver como la trata, es peor que una criada, peor que una esclava; es su víctima. Esa niña no tiene donde acostarse, ni de qué vestirse, ni apenas que comer, no le han dado ni una idea de religión. Así es que su carácter se ha agriado; es torca y melanciosa. En vano he querido enseñarle la doctrina, si ha aprendido el padre nuestro ha sido forzada por el hambre, pues yo le daba pan, cuando ella se lo pedía á Dios.

V.

Sin embargo, la muchacha desapareció. La vieron pidiendo limosna á la puerta de la iglesia. Después la vieron andar cerca de los cuarteles. Después la vieron calzada y con una gran peineta de hólala. Después desapareció.

Pasemos otros diez años, mi condescendiente lector, sin perjuicio de volver después á desandar lo andado.

La pobre María se había puesto muy vieja; pero todavía existía, pues su peseta diaria no le faltaba. Un día que estaba sentada en la misma silla y en el mismo sitio en que la hemos visto, se abrió la puerta de repente y vio entrar una muger con naguas cortas guarnecidas de falbalas, medias caladas y zapatos color de rosa. Llevaba en la cabeza una gran peineta de concha puesta de un lado, y una mantilla de tira caída del otro, descubierta parte de su cabeza adornada de flores. Puso la mano en la cintura, quedándose en pie y diciendo con aire desvergonzado:

— ¿No me conoce Vd., tía María?

María atónita la miró algunos instantes; luego cubriéndose la cara con sus dos manos, exclamó:

— ¡Ah, Sola! ah infeliz!

—¿Infeliz? dijo esta dando una carcajada. Se engaña Vd., no lo soy.

—¿Te has perdido? exclamó María apretando sus manos con angustia.

—¿Perdido? No! Cada uno tiene su modo de vivir.

—¿Infeliz! ¿Has olvidado los preceptos de religión que yo te daba?

—Casi. Por más que pedía pan á Dios, desde que Vd. dejó de dármelo, nadie me lo daba.

—¿Pero no sabes que Dios dice: ayúdate, que yo te ayudaré?

—Y esto es lo que he hecho.

—¡Pervertida, suspiró María, pervertida hasta el corazón!

Y dos grandes lágrimas surcaron sus arrugadas mejillas.

—Escucha, Sola, dijo: tú sabes que el establecimiento de la Misericordia dota á las mugeres arrepentidas. Te pido de rodillas que abandones el vicio y vuelvas á vivir como Dios manda.

—¿Y de qué me servirá? respondió Sola. ¿Me querrán más por eso? El primer hombre que quise fué un soldado. Lo seguí, lo serví, lo amaba, y él me vendió á otros para comprarse tabaco, y me abandonó cuando tuvo su licencia. Los hombres me quieren más desde que yo no los quiero. La virtud no sirve á los pobres sino para morir de hambre. Es una palabra que han inventado los ricos porque á ellos les es fácil tenerla.

—¡Desgraciada Sola, replicó María, ciega, extraviada! Lo que tengo es una peseta: toma la mitad; ven á vivir conmigo; ven á conocer una virtud y una religión que amarás cuando las comprendas.

—¿Dos reales? Gracias, tía María. Es poco para mí. ¿Cómo he de comprar con eso zapatos de seda é ir á los toros?

En este momento pasó un hombre, Sola por instinto ó por costumbre sacó la cabeza por la ventana.

—¡Descarada, provocativa! dijo María asíéndola tan fuertemente por las nalgas, que la obligó á sentarse. ¡Te condenas sin remisión! Tus pecados y todos los que haces cometer pesan sobre tu cabeza como una tempestad. Da oído á mis amonestaciones. Tu ángel custodio te habla por mi boca: arrepíentete; todavía es tiempo; mañana quizás no lo será. Piensa en la vida futura.

—Harto tengo que hacer con pensar en esta.

—Pues bien, respondió María indignada, te predigo una vida miserable y un fin trágico.

—Muchas gracias, tía María; el que yo le predigo á usted es un fin cercano, dijo Sola levantándose para salir.

—Escucha, Sola, replicó María deteniéndola, si alguna vez te arrepientes, acuérdate que mi cuarto es tuyo, que mi media peseta es tuya. Pero si perseveras en el vicio, no vuelvas á manchar mi casa, que aunque humilde y pobre, es honrada; no me vengas más á ver.

—No tenga V. miedo, tía María, dijo Sola saliendo: si V. fuera hombre y rico podría muy estar tentada de volver; pero para no encontrar en ella sino sermones no la procuraré.

Sola, seguida del hombre que la había visto en la ventana, se fué suplantando á una de sus compañeras, que le dió quejas terribles, de que se burló Sola.

—Ella me ha quitado ese zapatero, decía la abandonada á sus amigas, que pagaba bien y además me hacía mis zapatos. Ella triunfa, ella se burla de mí; pero yo juro que me he de vengar.

Así aborrecida y envidiada por sus compañeras, que ella á su vez aborrecía y envidiaba, despreciada de los hombres que ella también despreciaba, Sola vivía en una atmósfera de odio y de desprecio. Ignoraba que poseía una alma, pues no conocía ni la esperanza ni el amor. No sabía lo que era la gratitud; no comprendía lo que era la felicidad, pues nunca había hecho bien á nadie.

VII.

Á la salida de una callejuela llamada del Carpio, metida y oculta en uno de los más hermosos barrios de Sevilla, cuyas casas, la mayor parte, son de juego ó de vicio, mantenidas por hombres que al salir de ellas habían de moral y deshonoran á una mujer por leves indicios; á la salida, pues, de esta callejuela, próxima á la plaza del Duque, una persona que pasaba cerca de media noche, oyó un ruido roncó y sordo como el que haría el agua cayendo de una botella, acompañado de un débil gemido. Se acer-

có y vió á la incierta vislumbre de los faroles, casi apagados, una muger tirada en medio de la calle. Estaba degollada. Su sangre salía á borbotones de la ancha herida, y llenaba el caño; no podía hablar porque tenía la garganta cortada; pero todavía vivía. Corrió á buscar auxilio. Llegó el alcalde del barrio con soldados, y ya se encontró un sacerdote de rodillas al lado de ella.

—¿Quién te ha muerto? preguntó el alcalde.

La infeliz quiso alzar la mano para hacer una señal, pero no pudo.

—¿Tienes padre?

Hizo una ligera señal negativa.

—¿Y madre?

La misma contestación.

—¿Y marido, hermanos, hijos, amigos, confesor?

Ella siempre hacía la misma señal negativa.

—¿Crees en Dios? dijo el sacerdote.

Hizo la interrogada una señal afirmativa; quiso juntar sus manos que volvieron á caer sin fuerzas á sus lados.

—¿Te confiesas y arrepientes de tus pecados?

Una sola, primera y última lágrima cayó de sus ojos que alzó al cielo, y luego se cerraron para siempre.

Entonces el alcalde la hizo llevar á la puerta de la cárcel pública, para que, si se encontrase algún pariente ó amigo que la reconociera la mandase enterrar. Dió parte á la policía; pero fué en vano. Allí estaba rodeada de una turba árida y curiosa que la miraba como á una escena de tragedia. Esas nalgas cortas con falbales, esas medias caladas sueltas y con puntos, ese collar, esos pendientes de corales falsos sobre ese cuello negro y tostado, la hacían reconocer por una de aquellas infelices mugeres, afrenta de la humanidad. Allí se veía aquel lujo grosero manchado con sangre, los adornos que vistió el vicio ataviando á la muerta! La muger que encontró tantos hombres para perderla, no hallaba uno para enterrarla!

Entonces pasaron dos mugeres, y una dijo al oído á la otra:

—¿Se yo vengarme?

VIII.

En este instante se vió acercár un bello carruaje cuyo escudo de armas y libreas eran de una de las primeras casas de Sevilla. La hija de la difunta condesa de Luna actual marquesa de Santa Flora, con cabeza erguida, el porte frío y magestuoso, lo ocupaba con dos jóvenes hijas. El carruaje tuvo que pararse, pues era imposible atravesar por el gentío que se agolpaba en esta estrecha calle. Los transeúntes echaban una mirada de desprecio al cadáver, y al pasar junto al carruaje donde se hallaba formando espacioso contraste, una de las familias más distinguidas y respetadas de la ciudad, saludaban á las señoras con profundo respecto.

La marquesa preguntó lo que atraía este gentío, y habiéndolo sabido:

—Niñas mías, dijo á sus hijas, vean Vds. el resultado de las malas costumbres. No se quejen Vds. de la severidad con que yo las crío. Si esa miserable hubiese recibido mejor educación, no se vería aquí, catástrofe palpable del resultado de los vicios! La educación es la mejor herencia que una madre puede dejar á sus hijas. Mandó á su cochero atravesase el tropel y se alejara de aquel sitio de horror.—Pasó volviendo la cabeza con repugnancia al otro lado. Y sin embargo, aquellos vicios, aquella sangre, aquella muerte, aquel abandono..... pesaban sobre la cabeza altiva y orgullosa de la marquesa..... era su madre!....

FERNÁN GABALERO.

La impotencia repentina.

Para impedir á un borracho el que beba y á un gloton el que coma, no hay necesidad de más que de la colofonita; con ella se frota el borde del vaso del que ha de corregirse ó chasquearse, ó el tenedor, plato y cuchillo del comilon, y mientras no se muden, ni comerán ni beberán.

SESTRACCION DIVERVIDA.

Se le hace poner á uno en el papel el número 10, y se le dice que quitando 1 deben quedar 20.

(Solucion). Cuando la persona está cansada de meditar por qué medio puede lograrlo, é incomodada dice ser imposible, se toma la pluma, y se escribe el 19 en números romanos, XIX, se quita el 1 que sobra para las dos XX, y estos valdrán 20.



LA BOCA DE LA VERDAD.

Entre las curiosidades de Roma, no deja de ser notable la que se halla en el peristilo de Santa Maria in Cosmedin. Cuando Virgilio sepultó el puñal en el seno de su hija para sustraerla de una servidumbre infame, hubo en Roma un movimiento general de admiración, de horror y de piedad á la vez. Ninguna voz se elevó para censurar al heroico matador, y Virgilio fué honrado con una conmisericordia religiosa. Su querida víctima fué elevada por el entusiasmo popular á la inmortalidad, erigiéndosele un templo, y hasta los últimos dias del paganismo las virgenes romanas acostumbraron á pronunciar ante aquel altar sus votos de pureza y de fidelidad. La religion cristiana, respetando las ruinas, las consagró de nuevo al sentimiento que habia santificado su origen; sobre el templo de la casta Virginia se elevó el de la Virgen María. La superstición misma quiso contribuir con su piedra al piadoso edificio. Una gran cara de mármol blanco habia sido descubierta en el Ara Massima. Pretendíase que habia servido de prueba durante mucho tiempo á los ciudadanos acusados de falsedad; obligábaseles á introducir la mano en la boca abierta de la cara, jurando que habian dicho la verdad: si mentan la boca se cerraba, y la mano quedaba prisionera como en un anillo de hierro. Transportada la cara al pórtico de la iglesia, continúa sirviendo de prueba voluntaria.

Esto dice la tradicion; pero la erudicion, que se inquieta poco de dar pábulo á los placeres de la imaginacion, pone en duda esta historia y con su inflexible curiosidad disipa el encanto.

No hubo tal templo á Virginia segun ella. A lo mas, solo se consagró á la memoria de tal acontecimiento, dudoso

por otra parte, una pequeña capilla junto al sitio en que tuvo lugar la escena. Hubo, es cierto, un templo al pudor; pero, segun todas las apariencias, la iglesia de la *Boca de la Verdad*, ha sido construida sobre las ruinas de un templo de Ceres y Proserpina, reconstruido en el reinado de Tiberio. En cuanto á la Boca, probablemente no sería otra cosa que la de un albañal ó sumidero.

Sea. La ciencia es pura, y la verdad participa pocas veces de los atractivos de la fábula; dejando á un lado la tradicion y la erudicion, todavia le queda al gusto algo con que satisfacerse. La iglesia de la *Boca de la Verdad*, medio pagana, medio cristiana, es sobremanera curiosa; pero por hoy no entraremos en su descripcion: el pueblo la ha dado nombre de *chessa della Bocca della Verità*, á causa de la máscara trasportada á la estremidad izquierda de su peristilo, y que hoy todavia inspira á las muchachas y á los niños, el mismo miedo que los antiguos oráculos. A la menor sospecha de mentira se les amenaza con la boca fatal. Hay una especie de solemnidad en la esperiencia que intimida á las conciencias timoratas: la tal figura promueve la risa, pero rara vez la burla, y este respeto es la verdadera prueba.

MAXIMAS.

No puede existir ni virtud, ni verdadero valor, ni gloria estable sin humanidad.

Fenelon.

Un pueblo ignorante es siempre esclavo, aun cuando se halle gobernado por la mas libre de las constituciones.

Condorcet.

Mas que por sus enemigos, suele ser destruida la libertad por los excesos.

De Segur.

Nada pone tan en relieve la violencia de los malos como la moderacion de los hombres de bien.

Saint-Erremon.

La opinion pública penetra en los gabinetes en donde se encierra la política.

Baynal.

El amor á la pátria es común á todos los hombres, y el país natal, sea el que fuere, es siempre el preferido á todos los demas. No solo es natural este amor, sino que es tan poderoso que no hay nada que deje de hacerse cuando él impera.

Montesquieu.

La pobreza no es una virtud; pero si lo es el saberla sobrellevar con nobleza.

Lévesque.

El gamio, en política no consiste en crear sino en conservar; no en cambiar, sino en fijar; consiste, por último, en suplir las verdades con máximas; porque no es la mejor ley, sino la más fija, la que es buena.

Rivarol.

Es tan natural la religion al hombre, que todos los esfuerzos del gobierno que intentase destruirla no lograrían otro fin que hacerla renacer con mayor fuerza bajo las formas de la superstición; y los pueblos concluirían por convertirse en crédulos, al dejar de ser creyentes.

M. de Bonald.

Trabajo, noble sosten de la independéncia, límite bien de que no podría despojarnos la injusticia de los hombres, tú nos libertas de la desgracia y de la ociosidad, tú nos haces gustar las delicias del descanso.

M. de Lévis.

Toda felicidad se compone de dos sensaciones tristes; el recuerdo de la privacion en lo pasado, y el temor de perderla en lo porvenir.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO PUBLICADO EN EL N.º M. ANTERIOR.

Cuidados ajenos matan al oso.

Oficina y establecimiento tipográfico del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILLUSTRACION, en 1879.—En P. de Alcala.